

## EL JARDIN DE LOS CEREZOS

Seudónimo: ROSA

Maldije el momento en el que acepté el consejo de mi profesor de literatura presentándome a ese concurso, pero todavía maldije más cuando accedí a ir a ese viaje. Ya era finales de junio, las clases estaban terminando y en dos semanas emprendería mi viaje a Albalate del Arzobispo, ¡estaba más nerviosa que nunca! Antes de seguir, me voy a presentar: mi nombre es Ainhoa, tengo 15 años y estoy estudiando el último curso de secundaria. En ese momento yo era una chica tímida e introvertida, y lo que nunca había pensado era en cómo esa excursión iba a cambiarme. Por desgracia para mí, llegó el día, y yo ya estaba montada en aquel vehículo de cuatro ruedas que tanto suele gustar a los estudiantes, el autobús. Durante el trayecto, me dediqué a observar a las personas que había sentadas intentando deducir si algunas de ellas tendrían el mismo destino que yo; eran de distintas edades y nacionalidades, algunas viajaban solas y otras acompañadas, pero todas disfrutaban del camino. El autocar detuvo su motor indicando la llegada a aquel pueblo que íbamos a conocer esos días y entonces, ya con mi equipaje, me dirigí hacia donde el lugar de encuentro con el resto de ganadores y con los monitores que nos acompañarían esos días. Nos fuimos presentando uno a uno y la verdad es que me alegré de descubrir que todos teníamos cosas en común. Más tarde fuimos al colegio de allí, pues una de las cosas que íbamos a hacer en Albalate era visitar su centro educativo. Pasamos casi todo el día allí, leyendo nuestros relatos ganadores y aprendiendo cosas de los niños de allí. Pero no todo era estar en clase, también teníamos ratos libres para conocer gente y lugares por nosotros mismos. Entonces fue cuando conocí a la persona que me cambió, aquella pequeña niña que todos los días almorzaba con una amiga suya que solo ella podía ver. Me decidí a hablar con ella; la preciosa joven se llamaba Valeria, y esa amiga suya, Vilma. En sus ojos se podía apreciar el brillo al contarme sus aventuras, y aún se le veía más entusiasmada escuchándome cuando era yo la que hablaba. Todos los días me la encontraba en un lugar o en otro, en el patio de la escuela o sentada cerca de la fuente de la plaza, bajo un pequeño árbol, pero siempre con una especie de cuaderno junto a ella. Cada día descubría una cosa nueva de aquella fanática de la vida.

Ya se iba acercando el día de vuelta a casa, y me sorprendí una tarde al no ver a mi nueva amiga en los lugares donde solía encontrarla. Estuve hasta que iba anocheciendo en su espera y puesto que no apareció, tuve que regresar con el resto de compañeros.

Esa noche se me hizo eterna deseando poder percibir por fin el amanecer e ir al colegio donde suponía que estaría Valeria. Y así pasó, ya con el sol resplandeciendo en el azul cielo, fuimos a aquel edificio lleno de alegres niños con ganas de vivir. Ya pasada media mañana, me dispuse de nuevo a buscarla y entonces fue cuando vi su larga melena rubia oscura. Me acerqué y pude verla escribir animadamente en su cuadernillo, con un bonito bolígrafo infantil de color violeta y con una muñequita encima que bailaba cuando lo movía. Me senté a su lado y me recibió un caluroso abrazo riendo. Pasamos un rato hablando y fue en ese momento en el que me contó aquello que le estaba haciendo tan feliz: ¡un pequeño cerezo! Me explicó que hacía ya años, según le había contado su madre, enterraron un hueso de cereza en el jardín de su casa y que estaba creciendo. Esa misma tarde me invitó a su casa para enseñármelo. Mi pequeña recién conocida me guio al jardín donde estaba el pequeño árbol frutero, pero para mi sorpresa no sólo había uno, sino más. Lo que veía era precioso, en aquel jardín predominaba una vegetación de un intenso rojo. Su madre, Julia, me ofreció coger unas cuantas cerezas y estuvimos las tres durante toda la tarde saboreándolas mientras hablábamos. Cuando se puso el sol, tuve que despedirme de ellas y esta sería la última vez que lo haría, pues a la mañana siguiente tenía que volver a mi ciudad. Tras abrazarlas y prometer a la pequeña rubia que volveríamos a vernos, me volví a reunir con mis compañeros y profesores como de costumbre esos días, pero esta vez con un apetitoso regalo de mis dos amables anfitrionas.

Ya me encontraba sentada de nuevo en el autobús, mirando por la ventana, recordando feliz todo lo pasado y lo que había aprendido en ese viaje que desde un principio hubiera deseado no realizar, pero que ahora no me arrepiento en absoluto de haberlo hecho. Hoy ya han pasado varios meses desde aquella gran experiencia, y no he parado de pensar en cómo estará Valeria, su madre y hasta Vilma, su amiga imaginaria. Pero pronto podré dejar de hacerlo porque mis padres y yo vamos a ir a pasar unos días al pueblo que hizo que me aficionara a las cerezas, y la verdad es que tengo ganas de volver a verlas.